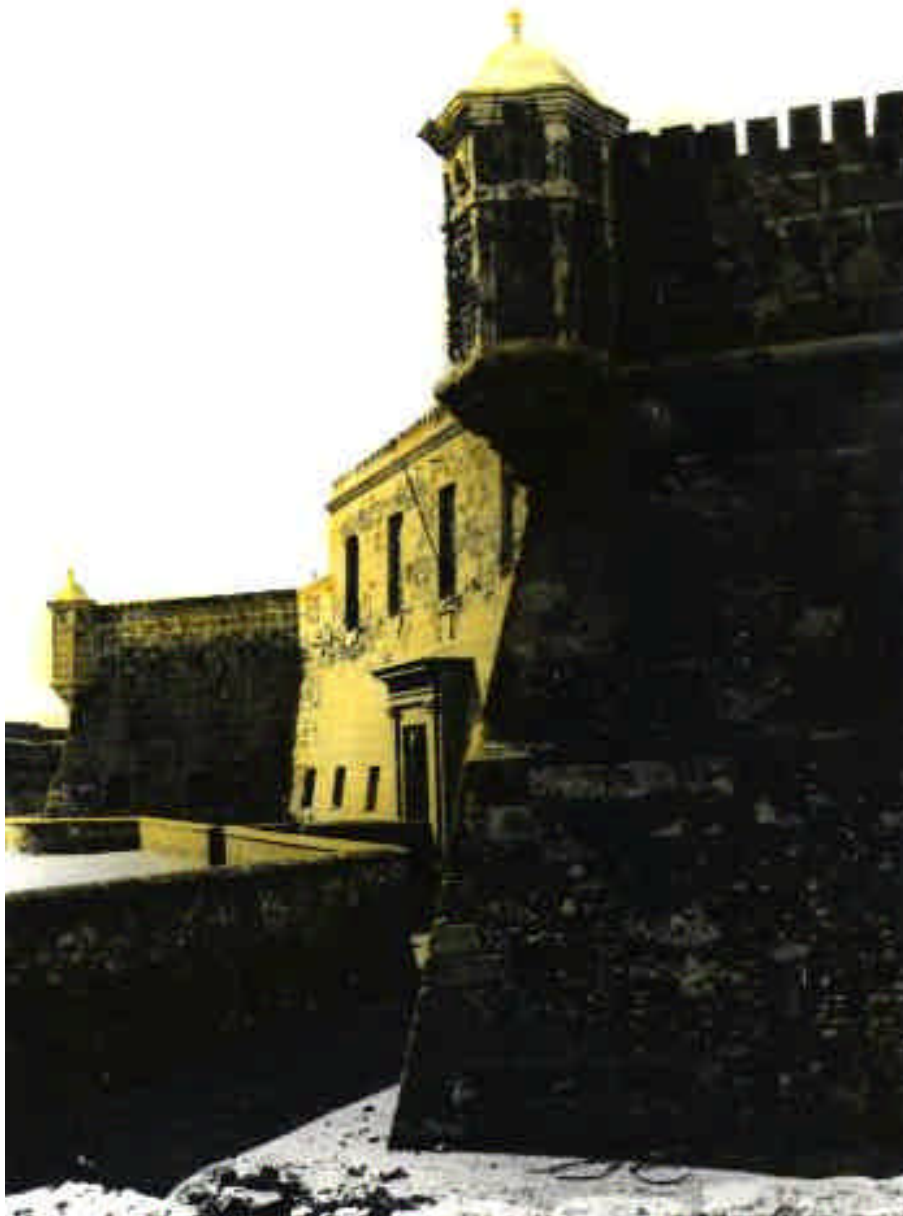


# SOMBRAS Y LUCES DEL AYER ÉXODO DE RECUERDOS



Ma. Luisa Miaja Isaac

--.--

## PRESENTACION

En el contexto de un cambio de milenio y ante la crisis de las letras por el impacto de las imágenes audiovisuales, surge un libro que, sin ser fruto de una minuciosa investigación en archivos históricos, posee la frescura del relato y la calidez de los recuerdos.

Se trata de un libro que, de manera fehaciente describe acontecimientos que se dieron cuando la República Española se estremecía en una cruenta lucha, libro que nos hace viajar por mundos tan lejanos como las exóticas regiones del norte de África y las Antillas, contribuyendo así al rescate de la imaginación, tantas veces perdida al convertirnos en adultos.

## A MANERA DE PRÓLOGO

Por Marco Antonio Aguilar Cortés

En el pequeño mundo de los morelianos, a finales de la década de los sesentas de este siglo veinte en extinción, era costumbre que en las reuniones sociales de tipo familiar, de la clase media hacia arriba, se constituyeran dos grupos: el de las mujeres y el de los hombres. Al parecer, los temas de ellas eran reiterativos como los tratados por los varones; empero de diferente contenido. Hablaban, según testimonios femeninos creíbles, de la servidumbre, de los hijos, del marido, de recetas para la cocina, de las modas para vestir, y de algunos otros asuntos de esta "gravedad" e "importancia".

Así, por aquellos años, una vez concluido uno de esos convites y de regreso a casa, mi esposa Rosenda me platicó que había gozado de la conversación de una maestra que rompía con aquellos esquemas empobrecedores y de hartura tan impropiedades propios de la charla entre damas. La expresión oral de aquella señora tenía un marcado acento español, lo que simplemente revelaba una prosodia diferente; sin embargo, los asuntos que abordaba revitalizaban culturalmente la atmósfera de este palique.

De esa forma tuve la primer referencia de la profesora María Luisa Miaja Isaac; y de aquel entonces a esta fecha han pasado no sólo seis lustros, sino infinidad e acontecimientos, entre otros, el que con mi familia hemos sido gozantes de una perdurable amistad con ella, con sus hijos, y con su esposo, don Alfonso Álvarez Barreiro, también conversador juicioso y grato.

Quienes expectantes y complacidos escuchamos en múltiples ocasiones a María Luisa Miaja tejer con hilo de sus "vivencias y recuerdos" una narrativa aleccionadora y atrayente, insistimos con sugerencias y ruegos para que las escribiera y publicara. Siempre un débil lápiz puede más que una fuerte memoria. ¡Y al fin!, entre tanto reclamo, la escritora de ensayos e investigaciones se ha decidido a confiarnos en este libro que tienes en tus manos, afortunado lector, su visión de las "sombras y luces del ayer", dentro del "éxodo de recuerdos".

Sus recuerdos sobre la Guerra Civil Española son más de un costumbrismo familiar que de una militancia política; y es que la maestra Miaja no ha querido, seguramente aplicar de manera retroactiva su ideología de mujer madura a la edad infantil en que tuvo que soportar la sangrienta crueldad de una beligerancia entre hermanos.

La barbarie de esa guerra, preámbulo de una mundial hasta hoy por fortuna no superada, tuvo como todas las cosas, de esta realidad dialéctica, sombras y luces. Ejemplo de una sombra de miseria humana era aquella constante y alcoholizada voz por

radio del general fascista Gonzalo Queipo de Llano que se oía en la prisión donde se encontraban privados de su libertad los miembros de la familia del general republicano Miaja: "...Miaja, tenemos a tu familia en nuestro poder y todos ellos pagarán con sus vidas en represalia por lo que tú hagas...", agregando que con su piel iban a hacer carteras o cigarreras. Una luz de humanismo amistoso lo tenemos en la actitud de aquel señor de apellido Ordóñez, única persona que en Melilla tuvo el gesto de mandarles espléndida comida el 8 de Diciembre de 1936, motivado por el santo de dos miembros de aquella familia en desgracia.

Y, claro, tampoco debemos dejar pasar por alto las sombraslucos. Llenas de intolerancia tolerante, de enojante gracia, que lo mismo puede provocar lágrimas que risas. Una comandancia militar vecina de un convento. Las monjas tocando los maitines a las cinco y media de la madrugada; los soldados el toque de diana a las seis de la mañana. El general Miaja pidiéndole a la madre superiora que no tocara tan temprano las campanas, y ella negándose a acceder al pedimento en razón de la simple costumbre. Y como respuesta a esa negativa el general ordenando que la banda de guerra tocara madrugonamente desde las cuatro treinta frente al convento. Al tercer día el monasterio y el cuartel habían llegado a un inteligente y voluntario arreglo.

Todo lo que la escritora ha sacado del arcón de sus recuerdos tiene este grato sabor agridulce; y el estilo de su narrativa tiene la cadencia que ese sabor impone. De la vida cómoda a la cárcel, de la prisión a la libertad, de Marruecos a Egipto, de Egipto a Cuba, de Cuba a México. Desde mi posición de prologuista no debo entretener más la atención de los lectores.

Sólo añadiré que bajo lo escrito por María Luisa Miaja Isaac, en este libro "salido de su cerebro sin adornos literarios", subyace un valioso material de muy amplio espectro, algo que va mucha más allá de los valores apreciados por ella. Es un algo que constituye la esencia de las almas de esta aún indescifrable colmena humana. Te invito a que pruebes, en esta lectura, esa sustancia; lo mismo en el sotavento que en el barlovento de todo lo aquí escrito. Vale, dicen en España.

Morelia, Mich., a 30 de Agosto de 1998.

## VIVENCIAS Y RECUERDOS

Ante la insistencia de mis familiares más cercanos, amigos y compañeros de trabajo, me he decidido, no obstante de que con ello evoque tristes recuerdos, a escribir estas líneas sobre mis pasos por la vida. Quiero imprimirlas tal como salen de mi cerebro, sin adornos literarios, sino con la limpieza del recuerdo de aquella época que, a pesar de los años, no he podido olvidar.

Mi relato en parte se refiere a mis vivencias durante la Guerra Civil Española, pese a mi corta edad en aquel momento y no estando con los nuestros, los republicanos, sino del lado fascista donde nos tocó vivir a una parte de mi familia y a mí

En ese instante todo era muy diferente, tanto en la forma de pensar como en la de actuar, en los hechos que se sucedían en esos momentos. Les voy a relatar, como ejemplo, algo que nos sucedió muchas veces durante los bombardeos; si estábamos del lado republicano, y si los que atacaban eran los fascistas, les odiábamos con toda el alma por los estragos que estaban causando y las vidas que se perdían; pero si, por el contrario, estábamos en el lado fascista y los que bombardeaban eran los republicanos, teníamos deseos encontrados; por un lado sentíamos no satisfacción, pero sí ganas de que causasen el mayor daño posible; además estaba el anhelo de la supervivencia humana, de querer sobrevivir a ese terrible momento.

Ahora bien, cuando ocurre un caso de desastre, las personas tratan de refugiarse donde creen estar mas seguras; pero encerradas en una cárcel ¿qué podíamos hacer?... absolutamente nada; sólo aguantarse, tirarse al suelo, rezar y en voz baja exclamar: <... Ay. qué cerca estuvo esa bomba; ojalá ya se acabe esto pronto>.

Lo de tirarse al suelo, nos habían dicho que era muy importante, porque las bombas, al explotar en el suelo, producían vibraciones fatales para los órganos internos del cuerpo humano y si estaba uno acostado, ese efecto no se producía.

## **RECORDANDO ALGO DE HISTORIA**

La situación era muy grave en España a principios del año 1936, había muchos actos de violencia, entre otros la censura de la prensa, la suspensión de todas las garantías constitucionales; se quemaron muchas iglesias, se cometieron muchos crímenes políticos y estallaron varias huelgas; esto era debido a la diferencia que había entre los dos partidos políticos que disputaban el poder. Uno era el Frente Popular, que representaba a los liberales de clase media, unidos al Partido Socialista y al Comunista. El otro partido era el de los Fascistas, unidos a los Monárquicos, a la Falange, a los grandes terratenientes del sur, al ejército, a la iglesia y a otros grupos representativos de la clase media.

El Frente Popular ganó las elecciones de febrero de 1936 y el gobierno se formó exclusivamente con republicanos liberales. Las clases trabajadoras no estaban representadas en este régimen; tal situación no parecía que fuese a ser una forma de gobierno fuerte y estable. Por otro lado, los Fascistas se comportaban con hostilidad, ayudados por el ejército que conspiraba a través de conocidos generales, con la finalidad de establecer una dictadura. La situación se puso cada vez más difícil, y en el verano de 1936 estalló la Guerra Civil Española.

### **EL PRINCIPIO**

Antes de la guerra, éramos una familia feliz, compuesta por mis padres y siete hermanos, cuatro mujeres y tres hombres. Entre los tres primeros, Conchita, Pepe y Enrique había año y medio de diferencia entre ellos; nueve años después nació mi hermano Emilio, y después de siete años nacimos, en diferente tiempo, tres mujeres, Pepita, Luisa y Teresa, siendo yo la penúltima de la familia; por lo tanto, entre mi hermana Conchita y yo había una diferencia de 21 años. Hago esta aclaración porque en tiempo de guerra, las actitudes, angustias y miedos varían entre personas de distintas edades.

Mi padre era militar, por su trabajo y conocimientos se daba cuenta que desde hacía algún tiempo, entre los militares existían ciertos elementos exaltados que deseaban sublevarse contra la República. No sé por qué circunstancias los militares republicanos no hacían mucho caso.

Iniciado el verano, mi padre pensó que podría trabajar más tranquilo y sin presiones de la familia si nos mandaba a Melilla, Marruecos Español, donde teníamos familiares, como mi hermana Conchita, ya casada, mi abuela y varios tíos por parte de mi madre, que también vivían allí.

Pasar el verano en Melilla era nuestra máxima alegría, gozábamos todo, nos

subíamos a los árboles, donde comíamos tanta fruta que los dejábamos sin nada; organizábamos toda clase de juegos, teníamos mucho lugar donde correr, por lo que esos dos meses de vacaciones se nos hacían cortitos. Así es que cuando nos dijo mi padre que iríamos a Melilla, saltamos de gusto.

Pero se equivocó, porque en España la sublevación y la guerra empezaron el 19 de Julio y en Melilla el día 17. Para el día 19 ya habíamos sido detenidos por los Fascistas.

Ese día nefasto estábamos en la casa familiar que llamábamos "La Huerta", era muy grande y rústica, con mucho campo, árboles frutales, jardines llenos de flores y muchos animales como patos, gallinas, conejos, perros y para nuestra mayor diversión una alberca, la que disfrutábamos todo el día, porque el clima de Marruecos se prestaba para ello.

Mi padre era originario de Oviedo, capital del principado de Asturias; estudió en la Academia Militar de la ciudad de Toledo, para hacer su carrera y en lugar de permanecer tres años como era lo estipulado, lo efectuó en uno, porque las autoridades necesitaban a estos jóvenes para suplir las bajas ocasionadas por las luchas que había en ese tiempo en España, terminó sus estudios con el nombramiento de 2° Teniente.

Lo mandaron a Oviedo, donde residía su familia, pero él no estaba contento y deseaba ir a donde hubiese acciones de guerra; solicitó ir de voluntario a Marruecos y específicamente a Melilla, donde el gobierno de Madrid había iniciado una campaña que durante muchos años fue un río de sangre.

En Melilla conoció a mi madre, quien era hija de un Capitán de su mismo regimiento, nacida en Mahón, capital de una de las Islas Baleares de Menorca y se casaron. De los 7 hijos que fuimos, 5 nacimos en Melilla y únicamente dos en España.

Permaneció en Melilla sin volver a España durante once años; ya para entonces había ascendido, por méritos de guerra primero a Capitán y luego a Comandante. Después de ese tiempo lo destinaron a la península para ocupar diferentes puestos, pero él siempre con la idea de regresar a Melilla.

En su última etapa africana, que duró 20 años y en constante lucha contra los moros, siguió ascendiendo en su carrera militar. Fue condecorado varias veces con la "Cruz del Mérito Militar" y otras como la "Cruz de María Cristina", en Madrid, durante la Guerra Civil, recibió "La Laureada de Madrid".

Siempre con la intención de regresar y terminar sus días en Melilla, cuando le diesen su retiro, compró una finca con una huerta muy grande en las afueras de Melilla; la llamó "Mi Rincón", pero para nosotros era "La Huerta". Me he referido varias veces a

esta casa que nosotros adorábamos: era nuestro máximo gozo estar allí. Pues bien, para hacer mi relato más verídico, en los primeros meses de 1998, en México, me puse en contacto con varios historiadores Melillenses, quienes me enviaron varias fotografías actuales de la casa y...qué gran decepción.



**FOTO DE LA HUERTA**

Como la casa era muy grande, la convirtieron en un "Reformatorio para Menores"; ya no hay plantas, ni flores, ni animales; los árboles están secos, parece una tierra yerma; las ventanas las taparon con celosías, para que no se pudieran escapar los menores; al piso de arriba le quitaron las paredes para hacer un galerón y poner solamente camas; el piso de abajo lo dejaron como comedor y una parte como oficinas del reformatorio. Lo que está igual es el casco de la casa. Han pasado muchos años, pero fue tal mi decepción, que cuando recibí las fotos me puse a llorar desconsoladamente.





**FOTO DEL PISO DE LA PARTE ALTA CONVERTIDO EN DORMITORIO**



**FOTO DE LAS VENTANAS QUE FUERON TAPIADAS CON CELOSIAS**



**FOTO DEL PISO DE ABAJO CONVERTIDO EN COMEDOR Y OFICINAS**

El 4 de Julio de 1932, en Melilla, mi padre fue ascendido a General de Brigada; los destinaron a Badajoz, provincia de Extremadura; después lo mandaron a Madrid, pero siempre los veranos los pasábamos en Melilla. Así que en junio de 1936, cuando nos dijo que iríamos como siempre a pasarla allí, se nos hizo de lo más agradable y normal.

El día 19 de Julio del mismo año, a las 12 horas, mientras estábamos nadando y jugando como siempre, llegaron por nosotros unos señores uniformados de militares y nos dijeron que teníamos que ir con ellos a la Comandancia Militar, porque nos iban a hacer unas preguntas y teníamos que declarar, pero que no nos preocupáramos, que era cuestión de sólo un rato.

Encima del traje de baño nos pusimos un vestido y los mayores no se ocuparon de recoger algunas cosas de valor, ni dinero, ni nada, puesto que íbamos a regresar poco tiempo después. Qué equivocados estábamos, ya que esto fue lo único que tuvimos durante cinco largos meses.

Llegamos a la Comandancia Militar y efectivamente nos hicieron algunas preguntas, no me acuerdo de qué se trataban y nos instalaron con la familia del militar encargado de la plaza de Melilla, el General Romerales.

La Comandancia Militar era el edificio o cuartel donde se hallaban las oficinas, que estaban a cargo de un General. Normalmente este edificio era de dos pisos, en la planta alta se ubicaba la residencia del General y de su familia y en la parte de abajo se encontraban todas las oficinas y despachos de los militares.



### **COMANDANCIA MILITAR EN MELILLA**

Nosotros ya habíamos vivido en una de ellas en Badajoz, provincia de Extremadura, donde destinaron a mi padre. Regularmente estos edificios tenían un lujo extraordinario, pero ésta de Badajoz era algo increíble; había vivido en ella el Príncipe de Asturias y tenía una sección destinada especialmente a atender a la realeza y altos funcionarios. El comedor era para treinta personas cómodamente sentadas, las paredes estaban decoradas con pasajes del "Quijote", obras realizadas por un gran pintor, la sala de recepción, también de grandes dimensiones y bellamente decorada con alfombras persas que la cubrían de pared a pared.

En este lugar era donde nos gustaba jugar a mi hermana Teresa y a mí, sin que se diesen cuenta el resto de la familia y especialmente mi padre. Yo contaba tan sólo con 8 años y Teresa con 6. No entiendo por qué no jugábamos con muñecas, que hubiese sido

lo normal, sino con piedras (desde luego, chicas) de diferentes colores, cada una de ellas tenía su nombre y las recogíamos los domingos, cuando mi padre nos llevaba al campo, para convivir con la naturaleza. Relato lo anterior en virtud de que en una ocasión jugando con nuestras piedras, sin darnos cuenta de que se iba a ocupar el salón por la llegada de un alto funcionario de otro país. Cuando escuchamos los tambores y las cornetas, que anunciaban la llegada del visitante, salimos corriendo del salón sin tener el tiempo de recoger las piedras, así que cuando llegaron y vieron el desarreglo del lugar, mi padre ofreció disculpas y nuestras piedras fueron a dar directamente a la basura.

Otra costumbre que nos llamó poderosamente la atención era el hecho de que si se rompía un vaso o cualquier otro objeto, éste no se tiraba a la basura, sino que se guardaba cuidadosamente en un lugar especial. Pensábamos ¡Que tacaños! ¿Para que querrán esos pedacitos de vidrio?, ¿los irán a pegar? Nunca nos explicaron que estaban inventariados y que había que entregar cuenta de ellos.

Otro recuerdo de esa época era que la Comandancia Militar estaba situada en un lugar precioso, en una plaza con un jardín muy grande, lleno de flores y al final de éste había un convento. Las monjas estaban acostumbradas a tocar todos los días las campanas a las 5:30 de la mañana, para anunciar a la población la primera misa, que se efectuaba a las 6 de la mañana. Mi padre, viendo que nadie podía dormir y que ésa no era una hora adecuada para dar inicio a las actividades de los soldados, mandó un emisario para que les solicitara, que si fuera posible, tocasen las campanas un poco más tarde. La madre superiora se negó rotundamente y dijo "... que tenía muchos años de hacerlo así, que eran los MAITINES, para avisar que iba a iniciar la misa y que no era posible cambiar las costumbres.

Mi padre estudió muy bien la forma de acabar con esta molesta situación, sin pelear con la madre superiora, colocó a todo el regimiento bajo su mando a las 4:30 de la madrugada, con cornetas y tambores, a tocar a las puertas del convento, hasta que diese la hora en que empezaban a tocar las campanas. Excuso decirles que toda la población estaba furiosa tanto con mi padre como con las monjas, pero al tercer día se solucionó el problema; las campanas sonarían más tarde.

El servicio en una Comandancia Militar siempre era muy bueno, por ley todos los militares tenían las mismas concesiones; por ejemplo; con el cargo de Teniente, tenían derecho a tener un asistente; si era un Capitán, a dos; si era Comandante, a tres; si era Teniente Coronel, a cuatro; si era Coronel a cinco y si era General, a seis. En este caso el General de la plaza escogía a uno que supiese cocinar, a otro que supiera trabajar como mesero y así repartían el trabajo con los que estuviesen a su servicio, según las necesidades del General y las aptitudes de los asistentes.

A mi hermana Teresa y a mí nos encantaba ver a la persona que ponía la mesa, éramos siempre 15 los comensales, por lo que llevaba tal cantidad e platos, unos encima de otros, que decíamos “se le van a caer... esperemos a ver que pasa”, pero nada, lo hacía perfectamente bien; cuando se dio cuenta de nuestra admiración, se lucía y hasta hacía pasitos de baile para que viésemos el equilibrio que tenía; no nos perdíamos nunca ese espectáculo.

La residencia del General Romerales era bastante grande y cómoda, pero como éramos 10 los agregados a su familia, nos tuvieron que acomodar como pudieron.

En ese momento nuestra familia estaba compuesta de mi madre, mi hermana Conchita, su esposo, su hijo, un bebé de año y medio, mi hermano Emilio de 20 años, Pepita de 14, yo de 12 y Teresa de 10, una prima nuestra de 13 años, que había venido con nosotros a pasar el verano a Melilla y la suegra de mi hermana Conchita, que llegó de Bilbao para conocer a su nieto. A todos nos llevaron a la Comandancia.

Detenidos en la Comandancia, esta pobre señora quedó tan harta de toda la familia Miaja y tuvo tan mala suerte, que cuando nos cambiaron por otros prisioneros no quiso estar en la lista; lo único que deseaba era regresar a su casa, cosa que nunca logró, ya que murió en casa de mi abuela en Melilla.



**LA COMANDANCIA MILITAR EN DIA DE FIESTA**

Mi padre estaba en el ejército en Madrid (con el cargo de General); mi hermano Pepe siguió sus pasos e ingresó a la Guardia de Asalto, donde logró el cargo de Teniente. Al poco tiempo de estallar la Guerra lo tomaron como prisionero en Burgos, de lo cual nos enteramos mucho después por las investigaciones que realizó la Cruz Roja Internacional, que prestaba este tipo de servicio a las personas que lo solicitaban. Estuvo preso casi dos años y fue el último prisionero que canjearon antes de que terminara la guerra. Mi hermano Enrique fue el único de los siete hermanos que no estuvo en la cárcel, ya que él se encontraba al lado de mi padre en ésta época; posteriormente ocupó un cargo en un Consulado.

Al poco tiempo de estar detenidos nos informaron que habían incautado nuestros bienes, Yo no sabía que quería decir esto y me hacía un lío espantoso, pues veía a mi hermana Conchita llorar desconsoladamente, por lo que pensaba "...es que se debe haber muerto alguien de la familia y no me lo quieren decir...". Por otro lado, mi madre estaba triste pero serena, decía que eso no tenía importancia; lo único de valor en ese momento era estar vivo y que no faltase nadie de la familia, que las cosas materiales eran completamente superfluas y nos decía que ... al mundo habíamos llegado desnudos y nos moriríamos desnudos también...

Poco tiempo después nos enteramos de que la sublevación de los militares había empezado en Melilla, porque el General Romerales había entregado la plaza cuando los rebeldes llegaron a pedirle que se rindiera, pensando que le iban a perdonar la vida, pero no fue así; fue uno de los primeros generales que fusilaron.

Este hecho nos causó una impresión horrible, ya que el General estaba detenido en la misma comandancia que nosotros, él en la parte de abajo y nosotros y su familia en el piso de arriba. Su familia estaba formada por su esposa, una hija como de diez y siete años, su madre y una hermana.

Todo ese día los militares entraban y salían, nosotros los espiábamos por detrás de las persianas, para que no nos vieran. A las ocho de la noche fueron por su familia para que se despidiese de ella, porque lo iban a fusilar a las cuatro de la mañana. Imagínense la escena de la familia y de todos nosotros que nunca habíamos visto nada igual; estuvimos despiertos hasta esa hora, viendo por las rendijas cuando se lo llevaban al fusilamiento.



**LA COMANDANCIA MILITAR**

## **LA CÁRCEL <VICTORIA GRANDE> EN MELILLA**



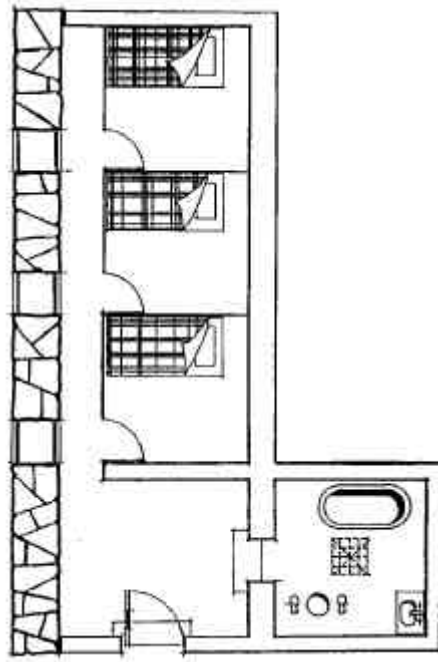
A los pocos días del fusilamiento del General Romerales, su familia regresó a España y a nosotros nos trasladaron a una cárcel que se llamaba <Victoria Grande>, a la que llegamos ya anocheciendo. Parecía una fortaleza enorme (o por lo menos así la veía yo) de piedra, llena de rejas en las ventanas y rodeada por el mar. En ese momento era una cárcel para mujeres, en la que estaban mezcladas presas políticas y presas comunes y como era territorio marroquí, las había moras, vestidas a la usanza de ellas; la limpieza dejaba mucho que desear. A mi hermano y a mi cuñado se los llevaron a un campo de concentración llamado <Zeluan>.



ENTRADA AL TENEBROSO MUNDO DE LA CÁRCEL <VICTORIA GRANDE>



Nosotras estábamos separadas e incomunicadas de las demás presas, nuestra estancia consistía en tres celdas abiertas, comunicadas por un pasillo que daba a una pieza de tres metros, donde se encontraba la puerta de entrada, con muchos barrotes y cerraduras de seguridad: al fondo del pasillo estaba el baño con regadera, lavabo y el sanitario que era un agujero en el suelo y tenía marcado donde se tenían que poner los pies; el pasillo tenía tres ventanas con una reja primero, después un muro como de un metro de espesor y otra reja igual que la primera; afuera había un foso del cual no veíamos su profundidad o si tenía agua o no, al nivel de la entrada de la cárcel; los vigilantes, que se turnaban, unas veces eran fascistas y otras eran de la guardia mora y casi siempre que les tocaba a éstos últimos, había tiroteo.



Cada celda tenía sólo una cama; no había un solo mueble para guardar la ropa (aunque no la teníamos), ni una silla, ni un banquito, nada de nada por ningún lado, así que a la hora que nos traían la comida, teníamos que sentarnos en el suelo a comer.



Fachada principal del Fuerte de Victoria Grande.-()

FOTO DE LA FACHADA PRINCIPAL DE "VICTORIA GRANDE"



"VICTORIA GRANDE" MUCHO TIEMPO DESPUÉS DE LA GUERRA.

Mi madre, viendo que éramos objeto de un trato inhumano, le pidió a uno de los carceleros, que si en el Economato (lugar donde se guardaban las provisiones) no tendrían unas cajas de madera para podernos sentar; aprovechando la buena voluntad de aquel hombre, le solicitó además dos cajas más grandes y dos tablones con los que se formaron una mesa y sillas para poder comer más decorosamente que en el suelo.

No nos proporcionaban ni tenedor, ni cuchillo, ya que podrían ser armas peligrosas y las podíamos usar en contra de los carceleros o contra nosotras mismas; comíamos con una cuchara que tenía un mango solamente de cinco centímetros de largo; los platos eran siempre hondos y de metal; no teníamos vasos, sino solamente tazas.

En las cárceles no es buena la comida regularmente, pero en época de guerra, era francamente horrible.

Nos traían la comida, a la que le llamaban el <rancho>, en unos barreños (así les decían en España); aquí se les llama tinas y las usan para lavar la ropa, la presencia de este artefacto era muy desagradable a la vista, pero lleno de comida era peor; el sabor de ésta era totalmente nauseabundo; garbanzos revueltos, unas veces con fideos y otra con arroz, formaban una manácata, desde luego muy poco apetitosa. El principio ni con el hambre que teníamos podíamos comer, pero había que hacer un esfuerzo y comerla, no había otra cosa, ni dinero para poder comprar algo; el pan era lo único que por su calidad no era despreciable, aunque el tamaño nos parecía siempre muy pequeño, y era lo que realmente se podía comer.

Teníamos tanta hambre que llegó el momento, que entre mi hermana Teresa y yo nos prestábamos los pedazos de pan, aunque estuviesen duros; los medíamos para que así al día siguiente o cuando fuese necesario al devolverlos fueran del mismo tamaño.

Sólo hubo un día en que sí comimos a nuestra entera satisfacción; fue el 8 de Diciembre de 1936, santo de mi madre y mi hermana Conchita, ya que un señor, amigo de mis padres, nos mandó un pavo guisado y un queso de bola bastante grande; excuso comentarles que ese día lloramos de satisfacción al ver lo que íbamos a comer, pero para nuestro disgusto al estar saboreando anticipadamente el queso, nos dijo mi madre que lo había mandado a mi hermano y mi cuñado, al campo de concentración, así que nos quedamos tristísimos sin el otro manjar, pero también con la satisfacción de saber que ellos lo iban a disfrutar.

Este amigo de mis padres era un señor de apellido Ordóñez, que no se me puede olvidar, porque mi madre nos lo recordaba a cada rato y nos decía, que después de haber vivido tantos años en Melilla, donde se suponía tenía muchísimos amigos, esta persona fue la única que se acordó y se apiadó de nosotros; al saber en las condiciones que estábamos, quiso que no pasase desapercibido ese día; con razón nos repetía mi

madre un refrán muy famoso "...En la cama y en la cárcel se conocen los amigos...".

En otra ocasión, a la hora de la cena, nos dieron una sardina arenque, un pedazo de pan y un café negro sin azúcar... La sardina arenque se conserva a base de sal; yo las veía antes de la guerra en las tiendas de ultramarinos, colocadas en una barrica de madera en forma de círculo. Se veían preciosas y apetitosas; nunca las había probado. Desde luego, la sal no se puede quitar del todo y saben saladísimas. A todos nos dieron por igual la misma cena. Mi hermana mayor se puso a llorar desconsoladamente de ver cómo le iban a dar eso a su bebé de año y medio, por lo que pidió y suplicó le hiciesen aunque fuese papas cocidas con un poco de sal y aceite, pero que las sardina no se la podía dar. Al día siguiente habló con el responsable de la cárcel para que no volviese a suceder esto y lo amenazó con escribir a la Cruz Roja, no le hicieron mucho caso, pero sí logró que para el niño, la alimentación fuese más adecuada para su edad.

En cuanto al aseo del lugar donde estábamos y de los utensilios empleados para la comida, pedimos autorización para que nosotras lo hiciéramos y así les quitábamos algo de trabajo a ellos y por otro lado, teníamos la seguridad de que no nos habían cambiado los platos y la confianza de que la limpieza era la más adecuada para estas condiciones.

Todos los días por la mañana nos dejaban subir a la azotea de la cárcel para que nos diera el aire y el sol durante dos horas y las pequeñas pudiésemos jugar a la pelota o brincar la cuerda.

Con la inquietud de la niñez, nos asomábamos al centro del edificio y podíamos ver, desde una altura de diez metros aproximadamente, como vivían las demás presas. Había un patio alrededor de las celdas, podíamos darnos cuenta de la suciedad y el hacinamiento que había entre ellas; como tenían ese patio no las dejaban subir a la azotea, ya que allí mismo podían tomar el sol. Nos asomábamos cuando no nos veían nuestros vigilantes, ya que nos daba miedo que se enterasen y nos prohibiesen ese momento de esparcimiento.

La salud de toda la familia, a pesar de todo, era bastante buena; solo al hijo de mi hermana, como ya lo he referido, por ser un bebé de año y medio y por la mala alimentación y la escasez de leche, le empezaron a dar unos ataques en que ponía los ojos en blanco y le daban unas convulsiones horrorosas. Vino el médico varias veces a verlo, teníamos miedo de que no fuese a resistir los estragos de la guerra. Mi prima, que vino a pasar el verano con nosotros, estando en la cárcel, aparentaba buena salud, pero cuando nos cambiaron por otros prisioneros y pudo regresar con su madre a Barcelona, la tuvieron que internar en un sanatorio para tuberculosos, donde estuvo internada varios años.

Los carceleros cumplían con su obligación; unos eran más rígidos y otros más

benevolentes, excepto uno que sí era verdaderamente malo y siempre que le tocaba a él la guardia había problemas; no se me puede olvidar, se llamaba Don Eleuterio; era flaco, esquelético, amarillo, había pertenecido a la Guardia Civil y tenía un humor endemoniado. Sabíamos por medio del doctor que fue a ver a mi sobrino, que era tan malvado con todas las presas, que si había alguna que por cualquier circunstancia sufría un ataque de nervios o una crisis de histeria, que era muy frecuente entre ellas y si Don Eleuterio estaba de guardia, se sentaba al lado del camastro de la que estaba en trance y tomaba apuntes de lo que decía en su locura; luego la llevaba a la Comandancia Militar y pasados unos días del estudio en ese lugar, regresaban a la cárcel y volvían a hacerle un nuevo juicio a esa persona porque había atacado a las autoridades, al régimen nacionalista y a la falange, lo que desde luego estaba penado. La sentencia la alteraban y la elevaban según lo que había dicho; por mas que el Doctor que había ido a atender a la enferma o las compañeras abogasen por ella, era inútil; después lo que hacían las presas era gritar todas a la vez para que así no pudiese entender lo que decía.

Para que hiciéramos algo, nos dejaban tejer con agujas. Mi tía que vivía en Melilla, nos llevaba algunos suéteres usados y ahí aprendimos que, si se desbarataban, se hacía un ovillo con la lana, se mojaba y después se ponía a secar, así se le quitaba lo rizado del uso anterior y el estambre parecía nuevo. Por otra parte, si se nos rompía, poníamos los añadidos no en la mitad del suéter sino al principio o al final de la aguja; incluso así por el revés tampoco tenía ningún añadido; nos quedaban preciosos. Lo único que no nos parecía era que tanto mi abuela como mi tía eran dos personas mayores y los suéteres que nos daban siempre eran grises o de colores oscuros.

El tejido lo podíamos hacer durante el día y nos lo recogían a las siete de la tarde, en que había cambio de guardia, porque las agujas podían ser un arma peligrosa contra ellos o nos podíamos suicidar. Cuando le tocaba a Don Eleuterio, no nos dejaba tejer en todo el día; decía que estaba prohibido y él no podía resquebrajar las reglas. ¡Lo odiábamos a muerte!.

Todo el tiempo teníamos un miedo pavoroso de pensar en qué iba acabar todo esto y que iba a suceder con todos nosotros. Oíamos a fuerza y digo a fuerza porque ponían el radio fuertísimo, pegado lo más que podían a las ventanas de la cárcel, para que oyésemos a las siete de la tarde las noticias. Era el Parte de Guerra dicho por el Gral. Gonzalo Queipo de Llano. Este era un general sublevado que consiguió, por medio de este instrumento de comunicación, aterrorizar a todas las personas que lo escuchaban; las charlas estaban llenas de inventivas y de ilusiones personales plagadas de mentiras.

También lo hacía para que todos los oyentes se diesen cuenta de lo que sucedía en España y de cómo iban los combates, desde luego siempre ganados por los fascistas.

Para martirizarnos más decía "...Miaja, tenemos a tu familia en nuestro poder y

todos ellos pagarán con sus vidas en represalia por lo que tu hagas..." Y decía que de nuestra piel se iba a hacer una cartera y una cigarrera, para llevarnos en el bolsillo y así acordarse siempre de mi padre y de todos nosotros. Esto lo repetía casi todos los días.

Cuando se aproximaba esa hora fatídica, no queríamos estar cerca de las ventanas, pero ni remedio; no teníamos otro lugar donde estar, temblábamos de miedo. Ya estando fuera de la cárcel, supimos que este general, cuando daba las noticias casi siempre había bebido algunas copas de más y por lo tanto decía muchas incoherencias; pero eso lo supimos mucho tiempo después.

Pero lo más horrible de todo era cuando veíamos llegar varios coches llenos de militares para llevarse a algunas prisioneras; el proceso, según ellos, era muy legal. Se les hacía un Juicio de Guerra, se las llevaban a la Comisaría, dónde les hacían muchas preguntas y siempre las consideraban culpables, las regresaban a la cárcel y luego volvían por ellas a las cuatro de la mañana para matarlas.

Seguían este procedimiento porque al iniciarse la guerra, había muchas personas que se aprovechaban de la situación y cuando tenían una deuda o una enemistad muy grande, o entre los mismos matrimonios si querían separarse y como no existía el divorcio, se denunciaban uno al otro diciéndose que eran rojos, que no eran partidarios del movimiento revolucionario o de la falange y sin más averiguaciones los mataban.

Era la locura, los falangistas denunciaban a cualquier persona. Melilla se había convertido en un caos de odio y de venganza, tenían que cuidarse de todos, pensar lo que se iba a decir. Para evitar todo eso impusieron el Juicio de Guerra, pero era lo mismo. Siempre empezaba en el calabozo, después la cárcel y acababa con la muerte.

Cuando veíamos venir ese séquito de coches y militares, ya no era miedo lo que sentíamos, sino verdadero pavor, porque no sabíamos a quién iban a buscar y nos preguntábamos ¿por quién vendrán?, ¿será por nosotros? O ¿por quién?

Otro recuerdo que tengo grabado en mi mente, como si fuese ayer, es el caso de dos hermanas muy jovencitas que estaban detenidas por pertenecer al partido socialista; una de ellas era muy guapa y la otra jorobada. Como siempre, se las llevaron, les hicieron el Juicio de Guerra y cuando regresaron la guapa daba unos gritos que se oían en toda la cárcel; que no se quería morir, que no era justo y otras cosas más, en cambio la jorobada estaba serena, nada más rezaba y consolaba a su hermana. Tardaron como un mes en volver a buscarlas y eso fue más angustioso, porque pensaban que habían rectificado la sentencia y que las habían perdonado; pero después de ese tiempo fueron por ellas y las mataron.

Estábamos ya tan acostumbradas a escuchar de muertes y fusilamientos, que entre

mi hermana Teresa y yo nos decíamos; Oye, si alguna vez viniesen por nosotras para fusilarnos y nos preguntasen ¿cuál es tu última voluntad?, ¿qué pedirías? Sabíamos que a los condenados a muerte se les otorgaba lo que pedían. Yo le decía: "Pediría la comida mas rara y de algún restaurante que estuviese muy lejos, para que se tardaran mucho tiempo en traerla".

Después de cinco meses y un día de estar encarcelados, nos canjearon por otros prisioneros. El 20 de Diciembre de 1936, por la noche, como cuando llegamos a la cárcel, vimos los consabidos coches llenos de militares, pero se nos hizo raro que en esta ocasión viniesen de noche, ya que todas las demás veces los habíamos visto llegar de día. Cuando escuchamos el ruido de las llaves y abrieron la puerta, nos dimos cuenta que venían por nosotras. No eran gritos los que dábamos de pavor, sino alaridos y llantos, una escena de lo más horrorosa. El carcelero que nos dio la noticia era, para colmo de males, Don Eleuterio, pero en ese momento si se compadeció de nosotras y nos vio tan angustiadas que nos dijo que no nos iban a fusilar, sino que nos iban a llevar al consulado de Francia en Melilla y que ya estaban allí mi hermano Emilio y mi cuñado, porque nos habían canjeado por otros prisioneros. Tardó mucho en convencernos, pero lo que decía parecía tener algo de verdad y después de todo ¡qué podíamos hacer!.... Nada, sólo obedecer y que fuese lo que Dios quisiese.

Dejamos la cárcel después de cinco meses y un día. Ahí quedaban testigos mudos de nuestra estancia, los cajones que nos habían servido de sillas, lo otros más grandes de mesa, las celdas con sus camas, las ventanas y el mar, sobre todo el mar, que tantos recuerdos nos traían cuando antes de la guerra íbamos a la playa, a la <Hípica> a nadar, era un día de fiesta para todos nosotros. Ya no tendríamos que ver la imagen de rejas, soldados, guardia mora, con sus armas en lo alto del techo de la cárcel o en sus torretas afuera, siempre vigilando,

Se acababan cinco meses de angustia, de miedo, pero empezaba ahora la inseguridad de lo desconocido, de nuestro porvenir incierto. Pensábamos que estábamos en libertad, pero no teníamos dinero y no sabíamos a dónde ir.

Por fortuna nuestra, llegamos al consulado de Francia en Melilla y se nos abrió el mundo. Entonces si creímos que estábamos realmente en libertad. Mi hermano y mi cuñado ya estaban ahí.

Nos dieron un salvo-conducto, algo de dinero y nos pusieron en un coche para trasladarnos a Uxda (Marruecos Francés), donde estaba esperándonos mi hermano Enrique.

Así empezó otra parte de nuestra vida, en un lago peregrinar por diferentes países.

## EL INCOMPRESIBLE EGIPTO

Lo primero que hizo mi padre al saber que estábamos en libertad fue hablar por teléfono con todos nosotros para saber si alguien había muerto.

Ya no regresamos a España, mi padre de ninguna manera quiso que volviésemos, sino que decidió mandarnos a un país que estuviese cerca, para que en cualquier momento poder reunirse con toda la familia, por lo que nos mandó a Egipto.

En ese momento gobernaba a Egipto la monarquía y su Rey era Faruk. Había una gran diferencia de clases. Los ricos sumamente ricos y los pobres, que eran la gran mayoría, eran muy pobres.

Fue muy difícil adaptarnos a ese país; todo era completamente diferente, la civilización, la religión, el clima y sobre todo el idioma.

Una cosa que nos llamaba mucho la atención era que las mujeres no intervenían en ningún trabajo fuera de su casa y no participaban tampoco en ningún aspecto político ni económico y si de casualidad solicitaba uno que lo ayudasen en el trabajo doméstico y quería contratar a alguien, tenían que ser hombres, pues a las mujeres no les era permitido hacerlo.

El vestuario también era diferente al nuestro. El de la mujer del pueblo era y sigue siendo en la actualidad el <Melaya> traje negro muy holgado y un velo también suelto que no fuese transparente y que les cubría toda la cabeza y llegaba hasta la frente; únicamente se les veían los ojos. El de los hombres del pueblo era un faldón largo y suelto de cualquier color claro y un gorro rojo con una borla negra colgando que en Egipto se llama <Tarbouche> y en Marruecos se llama <Fez>; en cambio, la indumentaria de los hombres y mujeres de clase acomodada era a la europea, totalmente igual al nuestro, únicamente con el <Tarbouche>.

El clima era exageradamente caluroso y eso que llegamos en el mes de enero, en ese tiempo no existía el aire acondicionado, solamente ventiladores.

Primero nos instalamos en Alejandría, uno de los puertos principales de ese país y posteriormente nos fuimos a vivir a El Cairo.

Había una carretera muy buena que atravesaba el desierto del Sahara y comunicaba a ambas ciudades; era peligrosa por ser toda recta y monótona; a veces había



tormentas de arena que la tapaban por completo y nos decían que cuando ocurriese esto, teníamos que detenernos y no continuar el camino porque podíamos caer en las arenas movedizas. Era un espectáculo precioso, la arena al moverse por el viento parecía olas como las del mar. Para controlar esa carretera a la salida de las dos ciudades, había una caseta de vigilancia apuntando el número de la placa y por teléfono se comunicaban entre sí a determinado tiempo, si el vehículo no había llegado iban a buscarlo.

La primera vez que vimos una tormenta de arena, nos bajamos del coche y sentíamos como la arena saltaba con brinquetes y remolinos chiquitos; todo esto cambia el orden, la quietud de las cosas y aumenta a medida que arrecia el viento; los granos de arena subían por el cuerpo, hasta la cara y seguían por encima de la cabeza; el cielo se cubría de arena y todos los objetos que estaban lejos desaparecían. Hay veces que una tormenta de arena puede durar hasta cinco horas.

El paisaje era de una monotonía espantosa; ni una montaña, nada de agua, todo amarillo, arena y más arena por todos lados. Lo que sí era precioso, era la ribera del río Nilo y sus tierras aledañas, muy fértiles y cultivadas.

Con el idioma tuvimos muchos problemas, ya que se hablaba el árabe y el francés y nosotros nada más el español. Nos inscribieron en una escuela llamada <Liceo Francés>; nadie hablaba español por lo que nos pusieron en un salón de clase especial para aprender el francés. Todas las compañeras que teníamos tampoco lo sabían, pero como ellas eran árabes, las explicaciones de las maestras eran en árabe y nosotras no entendíamos nada de nada; era una situación de lo más difícil. Después de algunos meses pudimos empezar a entenderlo y al final de nuestra estancia en Egipto nos comunicábamos ya un poco en árabe; eso era necesario, porque nos dimos cuenta que si se usaba este idioma para hacer las compras, sobre todo en el mercado, el precio era el justo, pero si se pedía en francés, lo subían según el criterio del vendedor.

Mi madre, por ser una persona mayor, nunca pudo aprender, ni hacerse entender en ninguno de los dos idiomas y tenía que salir siempre acompañada, para que le ayudasen a traducir lo que le decían; estaba desesperada, pero se tranquilizaba al ver que habíamos salido del infierno de la cárcel y de la guerra y que estábamos en un país donde teníamos paz, libertad y tranquilidad.

Por falta de comunicación con la gente, debido al idioma, en una ocasión estuve a punto de perder la vida. Mis hermanos ocasionalmente nos daban a mi hermana Teresa y a mí algún dinero; nosotras (las pequeñas) lo guardábamos y cuando habíamos ahorrado algo, nos lo gastábamos todo junto, casi siempre en golosinas, que nunca nos compraban. Una tarde me comí siete helados, mi estómago no estaba acostumbrado a

tal exceso y al poco rato, empecé con unos cólicos muy fuertes; fui con mi madre y le dije lo que había comido; me regañó me dio una sal de uvas; al rato me puse peor, viendo esto mi madre, me dio una purga y me puso un bolsa de agua caliente en el estómago; después ya eran dolores muy intensos, para colmo de males, mis hermanos mayores habían ido a una reunión, sin saber que hacer, ni como llamar a un doctor, si no le iban a entender y menos por teléfono. Fue con un vecino que vivía en el piso de arriba para que viniese a verme; este señor me vio tan mal, que llamó a una ambulancia y me llevaron al hospital, era un ataque de apendicitis...¡Por poco no la cuento...!

Pero lo más curioso de todo fue que, cuando estaba ya recuperada de la anestesia, observé mi cuerpo y noté que tenía un estómago sumamente grande y que yo no había entrado al quirófano así; se lo comuniqué a mi madre, me quitó el vendaje y nos dimos cuenta de que encima de la gasa que tapaba la herida, tenía puesto un costal de arena como de tres kilos de peso. Llamamos a la enfermera quien se puso furiosa y nos dijo que las heridas no se cosían, sino que se ponían grapas y el costal de arena era para que la cicatriz quedase perfecta, y sin una arruga ni nada. Efectivamente, me quedó muy bien y casi no se nota.

Donde nos gustaba muchísimo ir, era a los mercados a comprar los alimentos; no estábamos acostumbradas a ver esa variedad de mercancías en un mismo puesto; nos llamaba mucho la atención, porque igual vendían vestidos, verduras y frutas. La gente grita y llama para ofrecer lo que venden; hay que regatear y si uno no quiere comprar, tiene que decir NO de manera enérgica, porque, si titubea un poco, ya no se los quita de encima y siguen dando la lata, para que les compre, pero a pesar de todo esto nos encantaba ir.

Estuvimos en Egipto dos años y tres meses, hasta que se terminó la guerra, Nos trasladamos a Marsella, para reunirnos con mi padre y mi hermano Pepe. Fue un momento inolvidable para todos, después de tres años de separación.

En Francia sólo nos admitieron para estar en tránsito y de Marsella nos trasladamos a París, para conseguir los documentos de emigración que nos permitirían llegar a Cuba, donde pensábamos quedarnos a vivir.

La familia del Gral. José Miaja fue recibida en la estación de París por diplomáticos franceses.



### **AL CENTRO EL GRAL. JOSÉ MIAJA**

Salimos de Francia por el puerto de La Rochelle, viajamos en un barco inglés muy viejo, que ya estaba fuera de servicio, pero por la necesidad de llevar tanto refugiado a América, lo habían puesto otra vez a funcionar, se llamaba <Orbita>. Fue una travesía muy larga de más de veinte días, no iban muchos refugiados españoles; más bien eran polacos, húngaros y de otras nacionalidades que iban huyendo de la guerra mundial, que ya se veía venir.

Como éramos muchos de familia, mis padres y mi hermana Teresa, que por ser pequeña pagaba medio pasaje, viajaban en primera clase y todos los demás en tercera, nuestros camarotes estaban en la parte más baja del barco, no tenían ventanas o claraboyas, yo creo que era porque quedaban debajo del agua y por supuesto, era donde se sentía más el movimiento.

La comida no era mala, pero sí escasa. Por fortuna para algunos como yo, nos tocó un temporal bastante fuerte y la mayoría de los pasajeros se marearon mucho y dejaron de ir al comedor a tomar sus alimentos. A los que estábamos en perfectas condiciones de salud, nos daban ración doble y algunas veces triple; yo era una de las afortunadas.

## LA EXÓTICA CUBA

Llegar a Cuba fue para mí observar ora vez una forma de vida impactante en todos sentidos. Cuba era un país completamente diferente de los anteriores en los que habíamos estado.

La gente era alegre y bullanguera, les gustaba mucho bailar y cantar, hablaban de tú aunque no tuviesen ninguna confianza con uno. No había protocolo para ellos y sobre todo, hablaban nuestro idioma, el español. Fue el primer contacto con el habla hispana, aunque, a pesar de eso, tenían muchos modismos que no entendíamos, como nos pasó en una ocasión en que salimos a buscar casa, puesto que íbamos a residir en la Habana. Fuimos mi hermano Pepe, mi hermana Teresa y yo caminando; le preguntamos a un señor por la calle que buscábamos y nos dijo que estaba a tres cuadras de donde nos encontrábamos; nos quedamos muy extrañados, empezamos a caminar y no encontramos ninguna cuadra. Después de media hora, decíamos "... es que no es posible que en éste barrio haya cuadras, pero en fin ni remedio, pero no hemos oído nada que nos indique la presencia de animales..." Mi hermana Teresa ya iba llorando por lo cansada que estaba y le preguntamos a otro señor quien nos dijo: No, ya se han pasado 12 cuadras. ¡El colmo! Exclamamos, "...si no hemos encontrado tres, ahora resulta que nos hemos pasado nueve..." Fue entonces que nos dimos cuenta de la similitud de las palabras que los cubanos usaban, cuadras en lugar de calles. Nos regresamos agotados al hotel, sin ver la casa que buscábamos.

El clima era caluroso, pero no exagerado, soplaba una brisa del mar muy agradable y por las noches la gente salía a pasear. Había muchos cafés al aire libre donde se reunía la juventud a platicar y a tomar unos helados riquísimos.

La vegetación era exuberante, muchas palmeras y muchos platanares; había muchas flores exóticas que el clima y el agua de la isla hacía verlas preciosas.

La comida también nos llamó mucho la atención, era comida criolla, como ellos la llamaban, pero era deliciosa, había frutos desconocidos para los españoles, por ser de climas tropicales y exquisitos de sabor, como el mango, la guanábana, la guayaba y otras tantas que no voy a enumerar, porque no acabaría nunca.

En ese tiempo iban a la Habana muchos turistas americanos, les gustaba mucho y les quedaba muy cerca, aparte había mucha vida nocturna, muchos casinos de juego, cabarets y salas de fiesta, lo que representaba un importante atractivo turístico.

En dos ocasiones nos llevaron a la playa a nadar. ¡Que alegría! Cómo gozábamos el mar. Volvimos a recordar los tiempos felices de Melilla.

Otra cosa que nos causaba admiración era que en cada país que habíamos recorrido, el color de la piel y los rasgos de las facciones de las personas eran completamente diferentes; los españoles y franceses blancos o casi blancos; los moros y los árabes a base de un color moreno, pero rojizo y los cubanos de un color oscuro o casi negro.

A nosotros, nos llamaba la atención todo aquí expuesto, pero para los cubanos nosotros los refugiados españoles, también les llamábamos mucho la atención y cuando salíamos a la calle, decían <Ahí van los refugiados españoles> y en seguida querían hablar con nosotros o invitarnos un refresco. Al principio se nos hizo muy agradable, pero después era pesadísimo y mi padre decía: <Yo lo que quiero es vivir tranquilo y que no me atiendan tanto, si somos personas normales>.

Duramos en Cuba como dos semanas aproximadamente y después de ese lapso mi padre decidió aceptar la atenta invitación que le hizo el Presidente de la República de México, el Gral. Lázaro Cárdenas del Río, para que viniésemos a vivir a México. Varios hermanos de mi padre, que tenían años de residir en este país, nos insistieron también para que después de tanto tiempo de separación pudiesen estar otra vez reunidos en familia. Sin pensarlo dos veces nos vinimos para México.

Nos embarcamos en La Habana en un barco mexicano que se llamaba "Orizaba". La travesía fue muy tranquila y duró solamente dos días. Hizo escala en el puerto de Progreso, en el estado de Yucatán, porque las autoridades de ese lugar querían saludar a mi padre y felicitarlo por lo bien que lo había hecho en la defensa de Madrid y por haber escogido a México como residencia.

## **EL MÉXICO MARAVILLOSO**

El 28 de Mayo de 1939 vimos las costas de México; llegamos por Veracruz, donde había una multitud esperando para darnos la bienvenida, eran partidarios de los republicanos y nos hacían el honor de recibirnos; entre ese tumulto estaban los hermanos de mi padre con sus familias.

En el curso de la tarde tomamos el tren para trasladarnos a México, D. F. Veíamos por las ventanas un paisaje que teníamos muchos años de no admirar, con montañas, volcanes y kilómetros y kilómetros de tierras unas cultivadas y otras sin cultivar.

Tienen los mexicanos un clima excepcional, nunca hace mucho frío, tampoco mucho calor; es un término medio muy agradable, y creo que en ninguna otra parte del mundo existe otro igual. Además, como el país es tan grande, mientras en el norte hace frío, en el sur el clima es caluroso, y si uno sale de vacaciones puede escoger el que más le agrade.

La gente era tan maravillosa y tan sencilla, que nos encantó el tono de su voz y la forma de hablar y de expresarse, la tranquilidad que desprendían nos contagiaba y su manera de ser tan espontánea.

La emigración española en México fue muy numerosa, vinieron todo tipo de gente huyendo del horror del fascismo y de la guerra. Los refugiados españoles se sentían en la gloria al llegar a México. Muchos empezaron a trabajar en lo que siempre habían hecho en España, pero otros no lo pudieron hacer y como tenían necesidad de emplearse para poder subsistir, tanto ellos como sus familias trabajaban en lo que fuera, como vender toda clase de objetos, libros, revistas, medicinas, cosas de alimentación y si tenía aptitudes lo hacían en el cine, en el teatro; la cosa era trabajar y salir adelante.

Abrieron muchas churrerías, restaurantes, cafés, sobre todo cafés, en donde se reunían muchos de ellos a charlar y a recordar a España. Ahí se proponían negocios en que no se tuviese que invertir mucho dinero, pero que sí pudiese trabajar toda la familia.

Entre la gente que llegó de España había muchas personas de gran valor, como ingenieros, arquitectos, filósofos, catedráticos, eminentes doctores. Los maestros se colocaron pronto en escuelas y en diferentes universidades, los que no pudieron ejercer pronto su profesión fueron los doctores, porque no tenían ningún documento que demostrase que lo eran, pese a ser a veces muy eficientes en su especialidad. Todo mundo salió de España sin papeles y hasta después de algún tiempo les reconocieron su profesión, fue el caso de que algunos fueron tan rectos y honrados que volvieron a cursar su carrera o parte de ella para tener otra vez el título de médico.

Antes de que sucediera esto, de reconocerles su profesión, yo viví en carne propia esa situación. En ese lapso en que no tenían acceso a los hospitales, yo estaba todo el tiempo malísima de las anginas con temperaturas muy elevadas y sin poder deglutir nada a causa del dolor; mi padre me llevó con el Dr. Luís Fumagayo Pérez, una eminencia en su especialidad y un maravilloso cirujano en España, le dijo que me tenían que operar de las amígdalas, que no era de emergencia, pero que sí fuese de lo más pronto posible, porque me podía dar fiebre reumática y atacar al corazón, que era una operación muy sencilla y que no hacía falta usar un hospital, al cual él no podía tener acceso y le indicó que aseara muy bien el cuarto de baño de la casa; el llevó todos los instrumentos que necesitaba, mi padre hizo la función de enfermero, le puso una bata verde esterilizada, me sentaron en la taza del baño, me pusieron una camisa de fuerza, un aparato en la boca para que no la pudiese cerrar y en mis cinco sentidos me operaron.

Quedé muy bien de la operación; yo tenía entonces 18 años; y me acuerdo de ella

como una tremenda pesadilla y como si hubiese sido ayer. El trauma que me quedó de esta operación fue tan grande que cuando me enfermaba después de cualquier cosa, trataba de no quejarme y de que no se diesen cuenta, capaz de que me sometían a otra operación. Me sucedió que después de dos años aproximadamente, dejé de oír por uno de los oídos., no dije nada a nadie y cuando fui a ver al doctor habían pasado 35 años, el doctor que me vio me dijo extrañadísimo: ¿No cree señora que esperó algo de tiempo para venir a verme?. Le expliqué mi situación, lo comprendió pero ya no tenía remedio.

El doctor que me operó había hecho tantas operaciones en los campos de batalla y estaba tan acostumbrado a hacerlas sin anestesia, que se le hacía de lo más sencillo y yo tenía que aguantarme lo mismo que los soldados en la guerra.

Este trauma de no quejarme aunque me duela me dura hasta la fecha. A mi esposo o a mis hijos no les digo casi nunca lo mal que me siento hasta que ya no puedo aguantar los dolores. Mis hijos toda la vida dicen: "...Ya para que se queje mi mamá es que está grave..."

Después de algún tiempo los doctores se unieron y pusieron una clínica que se llamaba <La Benéfica Hispana> para atender a los refugiados enfermos más necesitados y dar trabajo también a los doctores españoles.

Los educadores se unieron y fundaron varias escuelas como el colegio <Juan Ruiz de Alarcón>, <la Academia Hispano Mexicana>, el <Instituto Luís Vives>, el <Colegio Madrid>, estos dos últimos siguen funcionando en la actualidad.

Casi todos los refugiados españoles se compenetraron tanto con los mexicanos que parecía ser que todos habían nacido en México. Muchos se casaron, formaron sus familias y se integraron por completo al país que les había dado asilo, libertad, calor humano y amor.

El Presidente de la República el Gral. Lázaro Cárdenas del Río, con una gran comprensión del problema gravísimo que enfrentaban todos los refugiados y con una gran magnanimidad de espíritu, promovió para todos los exiliados la posibilidad de que adoptasen la nacionalidad mexicana, para que rehiciesen su vida en total plenitud. Unos de los primeros en adquirir la nacionalidad mexicana fueron mi padre y mis hermanos mayores, pues él decía que vivíamos en México y teníamos que ser mexicanos. Después al llegar a la mayoría de edad, lo hicimos todos los demás. En cambio otros no lo hicieron porque tenían la creencia de que pronto caería Franco y abrigaban la ilusión de regresarse a España. Cuando quisieron adquirirla, ya había cambiado el Gobierno y no lo pudieron lograr.

Mi padre recibió varias condecoraciones por su importante carrera militar, como ya

lo mencioné, pero una de las más importantes, sin duda, fueron la del Águila Azteca y la del Mérito Militar, otorgadas por las autoridades mexicanas, ya que gozaba de un singular aprecio especialmente por los presidentes General Lázaro Cárdenas del Río y el General Manuel Ávila Camacho, por lo que él se sentía muy orgulloso, en razón de que en un país que no era el suyo, le otorgaran tales distinciones.

Tenían los españoles tan arraigado el sentido de la economía, de no malgastar nada, de no consumir cosas superfluas, que nosotros no éramos la excepción, y nos sucedió que cuando estudiábamos en la Facultad de Filosofía y Letras, en la planta baja había un café muy famoso, al que asistían alumnos y maestros de otras facultades, para discutir diferentes temas y para ligar con las muchachas. A mi hermana Teresa y a mí nos daban únicamente el dinero para el transporte y por lo tanto no podíamos consumir nada, ni tampoco aceptar que nos invitaran y para evitar que se dieran cuenta de que nunca traíamos dinero decíamos <que como nadábamos mucho, nos habíamos dado cuenta que si consumíamos refrescos o café, no nos sentíamos bien; en cambio si tomábamos agua y azúcar nos daba calorías y se nos quitaba el cansancio>. Como eso era gratis, no había ningún problema, los compañeros se quedaban satisfechos con la explicación y nunca nos insistían.

Ya instalados y tranquilos estudié en el <Instituto Luís Vives>, donde cursé la secundaria y la preparatoria para después entrar a la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Terminé mis estudios e hice la carrera de Historia Universal.

Presenté mi examen profesional el día 3 de Mayo de 1949; mi tesis se llamó "Abderrahman III, Califa de Córdoba" con la que obtuve mención honorífica "Cum Laudem".

Conseguí trabajo en la Secretaría de Educación Pública, como maestra en diferentes escuelas en el D. F. e impartí clases durante 10 años. Después me trasladé a vivir a la ciudad de Morelia, Michoacán y continué ejerciendo la docencia por un lapso de 15 años, para después pasar a ocupar diferentes puestos en la Secretaría de Educación en el Estado de Michoacán.

Soy coautora de tres libros que escribí con los profesores José Reyes Rocha y Abelardo Torres Cortés, sobre la educación en Michoacán y se titulan; "Acciones Educativas en el Estado de Michoacán 1980 - 1986", <La Educación Indígena en Michoacán> y <La Descentralización, la Configuración Administrativa y La Educación Básica en Michoacán>

Actualmente estoy jubilada.



## VIVENCIAS EN LA DOCENCIA

Voy a relatar algunos casos curiosos que me sucedieron en esa etapa, en que empecé a trabajar como maestra.

Como había estudiado en una escuela española y en la facultad de Filosofía, había muchos compañeros y maestros que también eran ibéricos, no me daba cuenta de que mi manera de hablar y expresarme era muy diferente de la de los adolescentes mexicanos y como estaba acostumbrada a usar la 2ª. persona del plural, al dirigirme a mis alumnos, yo seguía haciéndolo así. Los grupos que tenía, ya de por sí numerosos, eran 62 alumnos en cada clase; a veces yo veía que no alcanzaban las sillas y les decía: <...No sé que pasa, pero ¿por qué vosotros no tenéis sillas...?, Esto no puede ser ¡Salid, salid todos! ¡Y vais a entrar por orden de lista...! Efectivamente había cinco o seis que no eran mis alumnos. y les dije muy seria, "...Pero, ¿qué hacéis aquí? ¿De que grupo sois?..." y me contestaron:<Es que nos gusta mucho como habla y como se dirige a nosotros y queremos tomar la clase con usted>.

En otra ocasión hubo en la escuela un concurso de ortografía, los maestros teníamos que dictar palabras que faltaban en la prueba, pero uno les hacía el examen a un grupo que no fuese el propio. A mí me tocó uno de tercer año, cuyos alumnos eran de los más grandes. Me dirijo al grupo diciéndoles: "...Ustedes van a ganar, porque yo les voy a dictar y voy a pronunciar correctamente; cuando sea una zeta, fíjense bien, saco un poco la lengua y ustedes lo escriben con zeta y cuando no le haga, es con ese...". Se hicieron tal enredo que lo que les dicté con zeta lo pusieron con "f". El maestro que les daba la clase no podía entender como 62 alumnos habían escrito palabras tan sencillas como zapato con "f". Desde luego, ese grupo quedó descalificado. Para evitar estas anomalías, tuve que hacer un esfuerzo y cambiar mi manera de hablar y hacerlo como los demás maestros.

Me gustaba a tanto mi trabajo que organizaba cuanto evento cultural se me ocurría, como hacer una revista en la escuela, en la que los que escribiesen y participasen fuesen los propios alumnos, y los maestros solamente dirigiesen, estaban tan motivados los alumnos, que muchas veces hasta las fotografías las hacían ellos mismos. Hubo un concurso en el que participó toda la escuela para escoger el nombre de la revista y se llamó "Así Somos".

En mi época de estudiante era muy deportista sobre todo lo que se relacionase con la natación. Éramos socios del "Club Deportivo Chapultepec". En ese club, cuando veían a alguna persona con aptitudes para sobresalir en cualquier deporte, la motivaban para que perteneciese al equipo y hacer de ella una buena nadadora. Yo que desde

chica me había gustado ese deporte, lo tomé con gran empeño y dedicación. Llegué a ser campeona nacional de 6 kilómetros.

En otra ocasión gané en una selección para representar a México en Barranquilla, Colombia. en 200 m. nado libre, pero mi padre no quiso que fuese, argumentó que en México todo lo que quisiese, pero fuera del país, nada, que ya había tenido una mala experiencia, estando separado de la familia, y ahora por una competencia de natación, no iba a soportar la misma situación. Por más que insistí, no pude convencerlo y me dijo, recordando su época militar. <Ordeno y mando> y es que no.

Mi padre era muy aficionado a la música, pero por su trabajo nunca tenía tiempo de disfrutarla y se empeñó en que sus hijos, tocasen algún instrumento musical. Emilio y Pepita, tocaban el violín y el piano. En ese tiempo consideraban el estudio de la música, como un complemento de la cultura.

Tengo muy presente, un recuerdo de esa época de mi infancia, cuando nos detuvieron en la Comandancia Militar. La hija del Gral. Romerales, tocaba el violonchelo. Me causó una gran impresión verla tocar, ese instrumento tan voluminoso, ella era un poco gordita, yo no apreciaba si lo hacía bien o no, solo me parecía, que no era adecuado estéticamente para una jovencita.

A mi no me gustaba tocar el piano, porque cada vez que me portaba mal, el castigo era: "Luisa ponte a tocar el piano", por lo que no me hacía mucha gracia el estudiarlo. Esto duró bastante tiempo en España. En Egipto lo seguí estudiando, pero cuando llegamos a México, me negué rotundamente a que me compraran un piano.

En una ocasión en la clase de música, el maestro preguntó, si alguien sabía tocar el piano; algunas compañeras dijeron que sí, pero lo hacían muy mal y me di cuenta que yo lo hacía mejor. Entonces les dije a mis padres que quería seguir con los estudios de piano, ellos lo aceptaron con la condición de que realmente lo estudiara en serio. Lo tomé como siempre con mucha dedicación y constancia. Presenté dos cursos de piano.

## **MI FAMILIA**

Después de tantas vicisitudes me casé, formé un hogar. Conocí a mi esposo un día de campo organizado por el "Club España", en Xochimilco. Mi esposo se llama Alfonso Álvarez Barreiro. Duramos de novios dos años aproximadamente; él no hacía las mismas actividades en que yo participaba, pero congeniábamos mucho en otros aspectos. Era comerciante, tenía una ferretería que se llamaba "La Colonial".

A los ocho años de casados se asoció con mi cuñado, esposo de mi hermana Pepita, con el que consiguió la distribución de los Jeep, Marca Willys en el estado de Michoacán.

Más tarde desaparecieron los Jeep y la Compañía American Motors, cambió ese vehículo por los carros marca Rambler. Al cabo de muchos años, éstos también desaparecieron y siguieron con los marca Renault.

Siempre hemos sido un matrimonio muy unido y cuando me contó lo de ese negocio y que había que vivir en Michoacán, no lo pensamos más; vendió la ferretería y nos trasladamos la familia entera a Morelia.

En la vida social, mi esposo tuvo muchos cargos honoríficos; fue presidente del "Club Rotario de Morelia", presidente del Club Campestre de Morelia, dos veces presidente del Club Atlético Morelia de fútbol, presidente del Patronato Pro-construcción del Estadio Morelos.

Tenemos 3 hijos: Gloria, Alfonso y Emilio. Los tres nos han respondido maravillosamente bien a todas las teorías inculcadas por mi padre y continuadas por mi esposo y por mí "Estudiar, hacer deporte y concluir lo que se inicia en cualquier aspecto".

En la ciudad de México no había ningún problema para la práctica de cualquier deporte, pero al trasladarnos a la ciudad de Morelia, nos encontramos que en esa época no había ningún club deportivo, ni alberca pública. Las dos que existían eran balnearios y estaban ubicados a 30 minutos fuera de la ciudad, nos olvidamos por el momento de la natación.

Poco tiempo después, al conocer más el estado de Michoacán, visitamos el lago de Pátzcuaro que nos pareció bellissimo. Ahí si había un Club Náutico, en donde se podía practicar el Ski acuático y pasear en lancha; nadar era muy difícil, pues había muchas algas, el agua era fría y turbia. Mi esposo compró una lancha y nos aficionamos a esquiar.

Al llevar a los niños a la escuela, nos dimos cuenta, que muy cerca había un hotel llamado "Hotel Acueducto", el que tenía una alberca, por lo que solicitamos autorización para hacer uso de ella. Como el horario de la escuela no era corrido, y se podía disponer de 3 horas para comer, alcanzaba el tiempo para nadar por lo menos una hora.

Años más tarde, el Gobierno del Estado de Michoacán, construyó un campo deportivo cerca de la casa, el "Deportivo Venustiano Carranza" donde se podía practicar diferentes deportes. Mis hijos se inscribieron en natación, logrando ser excelentes nadadores, pero ante todo, primero los estudios.

Mi hijo Alfonso realizó su carrera profesional en el Instituto Tecnológico de Morelia, como Ingeniero Industrial Eléctrico, posteriormente estudió la maestría en el

Tecnológico de Monterrey. Desde 1979 es propietario de una fábrica de transformadores y ha desempeñado importantes cargos públicos en el gobierno de Michoacán y el Ayuntamiento de Morelia.

Mi hijo Emilio, siguiendo los pasos de su hermano se fue con él a estudiar al Tecnológico de Monterrey, donde concluyó la carrera de Ingeniero Industrial y de Sistemas. También ingresó al mundo empresarial y es dueño de la "Fundidora Morelia". Los dos participan activamente en diferentes organizaciones como la Asociación de Industriales del Estado de Michoacán

Mi hija Gloria es la mayor; se casó muy joven y se trasladó a vivir a la ciudad de México. Dejó sus estudios de Odontología, para dedicarse a su casa y su marido. También le gustaba el deporte, pero no tenía los mismos gustos que sus hermanos, a ella lo que más le agradaba era la equitación. Su marido le compró un caballo y lo tomó con tanta afición, practicaba cuatro horas diarias, que sus amigas expresaban "... Es el colmo que nos hayas cambiado por un caballo..."

También le gustó el estudio, pero no continuó la carrera que había iniciado, sino que estudió francés, con tanta vehemencia que se acompañaba de un reproductor de casetes todo el día, toda la actividad cotidiana la realizaba escuchando sus lecciones, por lo que el francés es un idioma que domina perfectamente.

Abrieron cerca de su casa una escuela que depende de la Secretaría de Educación Pública: El Instituto de Cultura Superior, A. C. Se inscribió en la carrera de Historia del Arte, la que realizó poco a poco, según el tiempo que tenía disponible. Mi esposo y yo a cada rato le preguntábamos, "Gloria ¿cuándo te vas a recibir?" y nos contestaba, algún día, algún día; pero el 30 de Abril de este año de 1998 nos dio la sorpresa de que se recibió de Licenciada en Historia del Arte. Su tesis se titula "Jugarte: Una aproximación a la experiencia artística". Obtuvo mención honorífica.

Tenemos seis nietos que son nuestra adoración. Los mayores son León Manuel y Alejandra, de mi hija Gloria, Olivia y Natalia, de Alfonso y Emilio y Alonso de Emilio.

A mis hijos nunca les oculté nada de todo lo que pasé en mi infancia, incluso a cada rato, sobre todo a las horas de las comidas, les decía que no había que desperdiciar nada, que había mucha miseria en el mundo y mucha hambre y "... cuando yo estuve en la cárcel..., me interrumpían ¡ay mamá! Ya vas a empezar con tu rollo..." Pero siempre les impresionaba algo, por que en alguna ocasión mi hija, que tenía entonces como 8 años, estando en la clase, la maestra que era una monja, se puso a hablar mal de las cárceles y de los prisioneros, que eran personas muy malas y había que castigarlos para que no volvieran a reincidir en el mismo delito. Ya que terminó, mi hija le dijo a la maestra, que en su casa pensaban de una manera muy diferente, porque mi

mamá estuvo en la cárcel cinco meses y es una persona muy normal. Y le pregunté "...¿les explicaste por que fue?..." No, toda la clase creo que se impresionó porque guardaron silencio y con eso la maestra ya no dijo nada. ¡Imagínense lo que habrán pensado de mí!

Mi padre nos enseñó, que si trabajas, estudias y te esfuerzas en hacerlo bien, todo se logrará en este mundo. Era tan exigente con los estudios, que decía que teníamos que estudiar a como diese lugar, que <el dinero va y viene>, pero los conocimientos que se hayan adquirido por medio de los estudios, esos no los quita nadie. A tal extremo era mi padre, que yo me iba a casar antes de recibirme de la carrera de Historia Universal. Desde luego no lo pude convencer, por lo que me recibí el día 3 de mayo y me casé el 21 del mismo mes y año.

También la vida me ha enseñado mucho. Hay que soportar de la mejor manera posible los sufrimientos, el hambre, el miedo porque siempre después de éstos vienen las alegrías, los goces, la convivencia con las personas. Hay que disfrutar lo más que se pueda de la vida, admirar los paisajes, una puesta de sol, los juegos de los niños, etc. Hay tanta belleza en el mundo, que pasa desapercibida por ir siempre tan de prisa y no detenernos a contemplarla. Y una vez que ha pasado nos arrepentimos de no haberla gozado.

Todas las experiencias relatadas anteriormente forjaron mi personalidad y siempre he pensado que los valores más importantes son: **LA HONESTIDAD, LA PUNTUALIDAD, LA CONSTANCIA, LA TENACIDAD Y EL AMOR AL TRABAJO Y A MIS SEMEJANTES, TODOS ELLOS HAN FORMADO MI MODO DE VIDA.**

Ahora bien, la mejor forma de corresponder a México que tanto me ha dado, es vivir con un alto espíritu de servicio que procuro materializar en mi vida cotidiana.

Con mi más profundo respeto, admiración y agradecimiento a quienes colaboraron en forma decisiva en la culminación de éste sueño.

Ma. Luisa Miaja Isaac

## **Agradecimientos**

~~Te~~ Lic. Marco Antonio Aguilar Cortés  
~~Te~~ Mtro. Miguel Ríos Villegas

Historiadores de la Ciudad Autónoma de Melilla.

~~Te~~ Te. Coronel Francisco Saro Gandarilla  
~~Te~~ Antonio Bravo Nieto  
~~Te~~ Rafael Hernández Soler  
~~Te~~ Fernando Vicente Moga Romero

Al personal de:

~~Te~~ La Embajada del Reino de Marruecos en México  
~~Te~~ La Embajada de Cuba en México.

## **CONTRAPORTADA**

Este es el precioso valor que nos aporta el libro más reciente de Ma. Luisa Miaja de Álvarez,: "Sombras y Luces del ayer: Éxodo de recuerdos".

Nacida en Melilla, Marruecos Español, la autora vive las atrocidades de la guerra civil española y las adversidades de un destierro involuntario en Marruecos, Egipto y Cuba, hasta llegar a su segunda patria: El México de los años cuarenta.

Maestra en historia universal, egresada de la Universidad Nacional Autónoma de México, Ma. Luisa Miaja Isaac durante casi cinco décadas ejerció la docencia y colaboró en cargos siempre vinculados al área educativa: Profesora de Educación Secundaria, Coordinadora de Escuelas Secundarias Particulares, Coordinadora de las Promotoras Voluntarias de la Secretaría de Educación en el Estado de Michoacán y Representante del Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación ante casa editoriales, entre otros cargos.

La maestra Miaja creó y dirigió la revista titulada "Así Somos" en los años setentas y por encargo del Ing. Diodoro Guerra Rodríguez, Secretario de Educación en el Estado de Michoacán en ese entonces, elaboró diversos libros para esa dependencia.

Ahora a través de su libro "Sombras y Luces del ayer: Éxodo de recuerdos", la autora nos transmite su experiencia persona, de manera sistemática y ordenada gracias a su privilegiada memoria, y con un estilo muy personal nos comparte los valores que modelaron su vida: la honestidad, la puntualidad, la constancia, la tenacidad, el amor al

trabajo y a sus semejantes.

Que mejor herencia para sus hijos: Gloria, Alfonso y Emilio, así como para sus nietos: León Manuel, Alejandra, Olivia, Natalia, Emilio y Alonso, herencia de la que se enriquece, no sólo el círculo íntimo de sus amistades, sino todo el que conoce y aprecia a la maestra Miaja. Y es que su personalidad, formada y forjada en el yunque de vicisitudes pasadas y situaciones difíciles, no sólo nunca se declaró vencida ante la adversidad, sino que ahora, sin amarguras y con un gran amor a la vida, nos permite entrever los valores perennes que dieron sentido a su historia y que hoy por hoy impregnan la cotidianidad de su vida familiar y de su trabajo educativo, en un país donde se respiran los aires de libertad, paz y tranquilidad, largamente acariciados por la familia Miaja Isaac.

**Miguel Ríos Villegas**